

| | Mez. | Trimestre. |
|---------------------|--------|------------|
| En Madrid... | 10 rs. | 30 rs. |
| En Provincias... | 12 rs. | 36 rs. |
| En el extranjero... | 14 rs. | 42 rs. |
| En las Antillas... | 16 rs. | 48 rs. |
| En las Filipinas... | 18 rs. | 54 rs. |

Mientras las atenciones del periódico no lo impidan, se admitirán remisiones y comunicados a precios convencionales, y anuncios a medio real la línea.

EL ECO DE ESPAÑA se publicará todos los días, a excepción de los lunes y las grandes festividades del año.

AÑO I.

MADRID.—JUEVES 10 DE MARZO DE 1870.

NÚM. 25.

EL ECO DE ESPAÑA.

PERIÓDICO MODERADO.

En la Administración y Redacción de este periódico calle del Caballero de Gracia, número 40, principal.

El importe de la suscripción en Madrid se abonará en efectivo en la Administración. El de las provincias del propio modo, o por medio de libranza del giro postal, o de los correos, y también por letras de garantía, o de favor de la Administración, de esta última manera o bien haciendo el abono en efectivo en la Administración, se servirán las suscripciones de Ultramar.

El importe de las suscripciones que se envíen por cualquiera clase de giro, se hará por medio de carta certificada.

MEMORIA DEL SR. D. JOSÉ DE LA CONCHA.

(Conclusión.)

Este plan ofrecía, sin embargo, dificultades y exigía, sobre todo, un tiempo precioso para la organización de la resistencia, y más aún para preparar la iniciativa que era necesario tomar en las operaciones, urgentes en alto grado, para impedir los progresos del alzamiento en Andalucía, y evitar su propagación; pues los movimientos de Béjar, Alicante, Alcoy y montañas de León, hacían temer un grande y general incendio. Si en los primeros días el servicio de los ferro-carriles se encontró regularmente asegurado, el de telégrafos sufrió interrupciones graves y prolongadas, haciendo perder un tiempo precioso en el más alto grado.

A pesar de todo esto, tan rápidas y ejecutivas fueron las providencias adoptadas, y tales fueron también el celo y el acierto de las autoridades militares en secundarlas, que a los pocos días de mi llegada a Madrid, la situación militar había mejorado notablemente.

Con efecto: el capitán general conde de Cheste se mostraba seguro y confiado en sostener los distritos de Cataluña y Aragón; el teniente general Gasset creía obtener el mismo resultado en Valencia; el brigadier Aparicio había sofocado el movimiento de Alicante; y una columna, mandada por el general Rentero, segundo cabo de Valencia, entraba en Alcoy, que se había resistido a un primer ataque, después de su pronunciamiento.

El teniente general Calonge, por su parte, obrando con gran actividad y energía, entraba en Santander, defendiendo principalmente por la guarnición de Santoña; y con el fin de reducir a la obediencia a Béjar, cuya población se pronunció inmediatamente que se retiró la guarnición, se reforzó la columna del brigadier Nannetti con un batallón, cincuenta caballos y dos piezas de la de Madrid para cumplir las órdenes que había recibido del general en jefe de Castilla la Vieja de volver a ocupar aquel punto. Reducido el capitán general de Galicia, aquel punto, a las pocas fuerzas que cubrían general Riquelme, se había visto obligado a ceder principalmente de la defensa de la Coruña, resistiendo con gran firmeza a las intenciones de los buques de guerra del Ferrol. Con el objeto de destruir el efecto moral que había de producir en las plazas y ciudades marítimas la presencia de los buques de guerra, hice las previsiones convenientes a todas las autoridades marítimas (1).

Mientras que de esa manera contenía en lo posible la revolución, apresuraba el marqués de Novaliches, de quien operaba en Andalucía al mismo tiempo que de Madrid salían tropas con ese objeto sin perder momento, a medida que llegaban los destacamentos de la guardia civil y los batallones que venían de Castilla la Vieja y las Provincias Vascongadas, reunía las pocas fuerzas que se podía disponer de el ministerio de la Guerra; el 21 atravesé el marqués de Novaliches la cordillera de Despeñaperros; el 22 tenía ya a sus órdenes siete batallones, cuatro regimientos de caballería y una batería que acantonó en el Carpio, Montoro y Pedro Abad; y el 27 su ejército se componía de diez batallones de línea y cuatro y medio de cazadores, dos compañías de ingenieros, ocho baterías rodadas y diez y seis escuadrones, una sección de sanidad y otra de administración militar, con un parque sanitario completo para una división de diez mil hombres, además de los que los cuerpos tenían.

El ejército de Andalucía, así organizado, podía ser inferior en infantería mientras no se reforzara con los soldados de la primera reserva, porque el duque de la Torre, además de todos los batallones ya pronunciados que podía reunir, dejando en las plazas y las ciudades defendidas por la marina y el pueblo armado, disponía de la fuerza considerable de la guardia civil y rural que guarnecía los distritos de Andalucía. En cambio daba una considerable ventaja al ejército del marqués de Novaliches la gran superioridad de su caballería y de su artillería: componíase esta de ocho baterías de 4 y cuatro piezas, mientras que el regimiento de Sevilla, comprometido en la revolución, solo disponía de cinco baterías; pero lo más importante era que de aquellas ocho baterías, seis eran de Krupp, cargadas por la recámara, de un alcance muy superior y de una gran exactitud en el tiro, mientras que todas las del ejército del duque de la Torre eran de bronce, de 4 o 6 centímetros.

Dada la situación general del ejército dispuse de llamarme los soldados de la primera reserva, llamamiento que, mientras los movimientos expresados se verificaban, había mandado suspender; y que podía llevarse a cabo rápidamente, porque en aquel día se mantenían aseguradas las comunicaciones por los telégrafos y ferro-carriles.

Tal era en conjunto, en aquellos momentos, la situación militar por parte del gobierno. De todo había dado cuenta a S. M., por conducto del ministro de Estado, y no satisfecho con los partes telegráficos, conciso siempre, hice salir en los nueve días en que ejercí la presidencia del Consejo hasta seis comisionados, oficiales de la secretaría de Estado o antiguos diplomáticos, que informaran personalmente a la reina del estado de las cosas.

A la situación que se acaba de explicar, se llegó sin violencia de ninguna clase; porque el gobierno en el lenguaje que usó en la Gaceta, al publicar los sucesos que ocurrían, dió ejemplo de una templanza y moderación nunca visto en España, en tan difíciles circunstancias. La política seguida se reflejó en el bando publicado en Madrid por el capitán general, marqués del Duero; se prohibió a toda la prensa, sin excepción alguna, comentar los sucesos políticos, para no excitar las pa-

siones; la población de Madrid recuerda las prudentes medidas adoptadas para asegurar la tranquilidad pública en aquellos críticos momentos.

Cuando ocurrió el primer movimiento de Alicante, recelando que pudiera haberse procedido a la formación de consejos de guerra, con arreglo a las leyes vigentes, se previno inmediatamente al brigadier Aparicio suspender toda ejecución de sentencia de muerte, y lo mismo se mandó, después del ataque de Santander, al teniente general Calonge, quien por cierto se mostró resentido de la prevención, y contestó diciendo: «Que nada le hacía presumir verse en el duro trance de ejecutar sentencia de muerte, y que si llegara el caso, no impedía nunca el libre ejercicio de la prerogativa de la reina, cuyo uso le era tan satisfactorio como el recuerdo de no haber firmado en su vida más que la de un ladrón en cuadrilla.» Del mismo modo, cuando el ataque de Alcoy, se ordenó al general segundo cabo de Valencia ofreciera el indulto, y la misma prevención se hizo al brigadier Nannetti respecto a Béjar.

De esa manera resistió a la revolución, y preparé por mi parte, las operaciones militares para una batalla, que debía ser decisiva.

Los que han juzgado de la resistencia que ha encontrado la revolución por el tiempo que aquella ha durado, no se paran a considerar lo que son hoy las operaciones militares, cuando para ellas se utilizan los ferro-carriles, los telégrafos y buques de vapor. Así es que, mientras en tan pocos días se ejecutaban las operaciones militares que se han indicado, el duque de la Torre, que había encontrado grandes recursos en los parques y maestranzas de Cádiz y Sevilla, reconcentró en Córdoba en muy poco tiempo todas las grandes fuerzas que pudo disponer en el vasto distrito de Andalucía, y además las de la guarnición de Ceuta. Al mismo tiempo el marqués de los Castillejos salía de Cádiz con tres fragatas, una de ellas blindada, al mando del brigadier Topete, para emprender sus operaciones sobre la costa del Mediterráneo.

Más que a las operaciones del duque de la Torre, estaba por lo pronto, atento a las del marqués de los Castillejos. El resultado de su presencia ante Cartagena era de una importancia inmensa, porque así como la posición de la marina de guerra hubiera sido grave y delicada si el general gobernador de aquella plaza hubiera desplegado la misma firmeza que el general Riquelme en la Coruña, así también la plaza de Cartagena—que encerraba pertrechos de todas clases y el depósito más considerable de fusiles que tenía el gobierno—aseguraba al marqués de los Castillejos, una vez tomada, grandes e inmediatas ventajas. Entregada Cartagena, no había que esperar se resistiera ninguna otra plaza ni ciudad marítima, ante la cual se presentara la escuadra, llevando como tropas de desembarco las que componían su guarnición, y pudiendo armar todas las poblaciones que se pronunciaron, tanto en Valencia como en Cataluña. Desde luego, perdida Cartagena, podían considerarse también perdidas las provincias de Murcia y de Alicante, además de que la posición del general Gasset en Valencia y la del conde de Cheste en Cataluña se hacían muy comprometidas.

Esperaba, pues, impacientemente el resultado de la presencia del marqués de los Castillejos ante aquella plaza; y, por otra parte, consideraba tanto más urgentes las operaciones del ejército de Andalucía, cuanto que ya se sentían en diferentes puntos síntomas alarmantes de nuevos pronunciamientos, y cuanto que además me inquietaba la situación de Galicia, León y otras provincias, de las que se recibían noticias desfavorables, habiéndose hecho ya necesario que un batallón que debía venir a Madrid, fuera destinado a sofocar un movimiento en Logroño, donde habían salido al campo gruesas partidas de paisanos armados, que fueron perseguidas por el gobernador militar de la provincia.

Se habían ya reunido al marqués de Novaliches las últimas fuerzas salidas de Madrid, que se detuvieron un día en Despeñaperros, por haber destruido el ferro-carril partidas de alguna consideración, y entonces creí deber indicar al general en jefe del ejército de Andalucía la necesidad de no retardar un momento sus operaciones. Hicelo así (1), poniéndome en comunicación telegráfica con el general jefe de estado mayor, que me contestó desde la estación de Montoro.

(1) Conversación telegráfica del 27 entre el excelentísimo señor ministro de la Guerra, marqués de la Habana, y el general jefe de estado mayor del ejército de Andalucía:

P. ¿Qué noticias tiene de Serrano?

R. Sirvase V. E. darme contraesena en los despachos oficiales.

P. ¿Sobre el sello la firma de Arceche?

R. Ayer se decía por uno que estaba en Córdoba, y otros que era Bedoya.

P. ¿Qué fuerzas se suponen en Córdoba?

R. Variedad de apreciaciones. Procedentes de Málaga se dice llegaron dos o tres batallones sobre los que había de Sevilla.

P. ¿Cree el general que se reconcentran para defender a Córdoba?

R. Así parece, pero la actitud de la población no muestra secundar el pensamiento.

P. ¿Qué fuerzas se le suponen, en total, en Córdoba?

R. Varios han dicho que sobre 5.000; otros, que mucho más. Aguando por momentos noticias del general Vega en despacho remitido cifrado.

P. ¿Dónde está Vega?

R. En el Carpio. Se han hecho descubiertas hasta una legua más allá sin novedad. Después de Villafraanca, levantaron ayer ralis de la vía. Las barcas del río en sus puestos.

P. ¿Todo lo más que puedo mañana enviar, son dos batallones (que no alteran la fuerza general de ese ejército)? Organizo las reservas para enviar 6 u 8.000 hombres más, pero se necesitan seis u ocho días. Mientras tanto, hay que tomar la iniciativa. La detención de las tropas en esos cantones perjudica a su espíritu, acaso, y al país en general. Creo que mañana deben comprenderse muy tempranamente los movimientos, reconcentrando hoy se las tropas en los cantones más avanzados. Hay que ocuparse de asegurar el puente de Alcolea. Si los enemigos que no ocupan dentro de Córdoba, no debe empeñarse el ejército presentando el ejército frente de Córdoba, que los provocará a la batalla, y si no la aceptan, perderán fuerza moral, y con nuestra artillería superior en alcance se puede cañonearlos dentro de Córdoba impunemente.

Será preciso romper el movimiento antes de amanecer, y adelantarse con casi toda la caballería y artillería y algún batallón de cazadores, el general gobernador. Organizo la empresa con el desembarco de fusiles en Escobredas, debajo de los fuegos de las fragatas. Su destino probable, para armar los miles de perdidos de las Herrieras. No puedo desprenderme de un solo hombre de la plaza, más pido hoy por telégrafo un batallón a Valencia, donde pido contestación.

Cartagena 27 de Setiembre de 1868, a las cinco y veintidós minutos de la tarde. Al ministro de la Guerra, el general gobernador.—«Enterado del telégrama de V. E. con la mayor satisfacción. La reina tiene completa confianza en que, con la energía de V. E., y con el valor y lealtad de las tropas de esa guarnición, será rechazado todo ataque contra esa plaza por parte de los buques sublevados.

(3) Cartagena 27 de Setiembre de 1868, a las cinco de la tarde.—Al ministro de la Guerra, el general gobernador.—«La situación empeora con el desembarco de fusiles en Escobredas, debajo de los fuegos de las fragatas. Su destino probable, para armar los miles de perdidos de las Herrieras. No puedo desprenderme de un solo hombre de la plaza, más pido hoy por telégrafo un batallón a Valencia, donde pido contestación.

Cartagena 27 de Setiembre de 1868, a las cinco y veintidós minutos de la tarde. Al ministro de la Guerra, el general gobernador.—«Enterado del telégrama de V. E. con la mayor satisfacción. La reina tiene completa confianza en que, con la energía de V. E., y con el valor y lealtad de las tropas de esa guarnición, será rechazado todo ataque contra esa plaza por parte de los buques sublevados.

Las noticias que en el cuartel general se tenían, podían hacer suponer que, en vez de dar una batalla, las fuerzas contrarias se disponían a defender solo a Córdoba; no se creía en aquella ciudad a todo el grueso de ellas ni a su general en jefe, el duque de la Torre. Nada más fácil que con 4 ó 5.000 hombres, y con la artillería que se podía disponer, detener ante Córdoba al ejército del marqués de Novaliches, inutilizando así la superioridad de su caballería y artillería de campaña. Mis prevenciones, sin embargo de las noticias que el general en jefe de estado mayor daba, abrazaban el caso de que la batalla se diera en el puente de Alcolea, para lo cual creía conveniente que se reconociera aquel mismo día, pues que era probable se reconcentrarán sobre este punto las fuerzas del duque de la Torre, cuando tan próximas estaban las del marqués de Novaliches; dejé, sin embargo, al general en jefe la más completa libertad de acción, porque así lo exigían su elevada situación y la responsabilidad que sobre él pesaba.

Pero la situación general, que venía empeorando en los últimos días, tomó mayor carácter de gravedad el mismo día 27 con los pronunciamientos de Granada y de Almería y con las noticias que se recibieron de Cartagena. La correspondencia telegráfica entre el ministro de la Guerra y el gobernador de aquella plaza (1), prae-ban toda la atención que por mi parte prestaba a la conservación de ella, cuyo general gobernador me inspiraba la mayor confianza por su valor y por la energía (2) de su carácter. En un telégrama del 26 daba cuenta aquella autoridad de haber rechazado energicamente recibir los parlamentarios enviados por el marqués de los Castillejos; pero el 27, a las cinco de la tarde, se expresaba en términos (3) que revelaban gran vacilación, y para sostener su ánimo, le contesté anunciándole que al día siguiente sería atacado en Córdoba (6) el duque de la Torre.

Tan grave comprendía ya la situación, que modifiqué (1) Despachos telegráficos que mediaron con el gobernador militar de Cartagena desde el 20 al 28 de Setiembre de 1868.

Madrid 20 de Setiembre de 1868.—El ministro de la Guerra al gobernador militar de Cartagena.—«Cuento con la energía y la lealtad de V. E. para mantener esa plaza vigorosamente, vigilando con esmero a la marina, sin cederse de las intenciones que pudiera dirigirla algún buque, si se presentara ante la plaza.

Madrid 22 de Setiembre de 1868, a las ocho y treinta y cinco de la mañana.—El ministro de la Guerra al gobernador militar de Cartagena.—«Recibida su carta, será satisfecho ampliamente.—La firmeza y lealtad de V. E. son la mayor garantía de ese importante punto.—Deme V. E. avisos frecuentes.

Madrid 23 de Setiembre de 1868, a las once y treinta minutos de la mañana.—El ministro de la Guerra al gobernador militar de Cartagena.—«Enterado con satisfacción de la energía de V. E. en la defensa de esa guarnición, que es el excelente resto de ella. Consulto a V. E. si sería conveniente separar uno de los batallones, que en el ejército de Andalucía sería muy útil.—Conviene traer a Madrid los percutores de fusiles que existen en ese parque con destino a Eibar.

Llamo la atención de V. E. sobre la conveniencia de asegurar de un modo completo las torres de la entrada del puerto de Cartagena.

Cartagena 23 de Setiembre de 1868, a las seis de la tarde.—Al ministro de la Guerra, el gobernador militar.—«Es completamente falso que el espíritu de la infantería no sea el excelente de ella, según me han asegurado repetidas veces sus jefes; y no es conveniente desmembrarla en un batallón, para responder a la defensa de la plaza. Los fuertes de la entrada del puerto están ya preparados de antemano para su seguridad con los medios que cuento para ello. De los fusiles de este parque con destino a Eibar, solo se han llevado cuatro mil sin chimeneas ni bayonetas, y he suspendido las demás remesas mientras duren las presentes circunstancias, y no creo necesario remitir a esa los percutores.

Madrid 23 de Setiembre de 1868, a las once y quince minutos de la noche.—El ministro de la Guerra al gobernador militar de Cartagena.—«Enterado con satisfacción de la energía de V. E. en la defensa de esa guarnición, que es el excelente resto de ella. Consulto a V. E. si sería conveniente separar uno de los batallones, que en el ejército de Andalucía sería muy útil.—Conviene traer a Madrid los percutores de fusiles que existen en ese parque con destino a Eibar.

Llamo la atención de V. E. sobre la conveniencia de asegurar de un modo completo las torres de la entrada del puerto de Cartagena.

Cartagena 23 de Setiembre de 1868, a las seis de la tarde.—Al ministro de la Guerra, el gobernador militar.—«Es completamente falso que el espíritu de la infantería no sea el excelente de ella, según me han asegurado repetidas veces sus jefes; y no es conveniente desmembrarla en un batallón, para responder a la defensa de la plaza. Los fuertes de la entrada del puerto están ya preparados de antemano para su seguridad con los medios que cuento para ello. De los fusiles de este parque con destino a Eibar, solo se han llevado cuatro mil sin chimeneas ni bayonetas, y he suspendido las demás remesas mientras duren las presentes circunstancias, y no creo necesario remitir a esa los percutores.

Madrid 23 de Setiembre de 1868, a las tres y cincuenta minutos de la tarde.—Al ministro de la Guerra, el general gobernador.—«Acabo de recibir el telégrama cifrado de V. E. de las cinco de la tarde de ayer, y según las noticias que tengo en la noche anterior hubo alguna agitación en las gentes que se agrupaban en el calle de la Platería de Murcia, las que después de algunas palabras que los dirigía un capitán, se retiraron; después no se ha ocurrido novedad alguna, y considero bastante fuerte la compañía de guardia rural y caballería de carabineros para reprimir cualquier conato de desorden.

Cartagena 25 de Setiembre de 1868, a las once y cuatro minutos de la noche.—Al ministro de la Guerra, el gobernador militar.—«En el tren-correo de hoy han salido de Murcia para esa el primero y segundo jefe, ocho oficiales y ciento sesenta y cuatro individuos de tropa de carabineros, y llegarán a las siete de la mañana inmediata. Continúa la más completa tranquilidad en esta plaza y provincia.

(2) Cartagena 26 de Setiembre de 1868, a las dos y nueve minutos de la tarde.—Al ministro de la Guerra y capitán general, el general gobernador.—«En este momento se oyen sendos cañonazos por la parte del Cabo Tiñoso, sin duda de las fragatas sublevadas, algunas millas a la vista, y en un momento, en donde está el puerto, se ve un fuego de cañón, y se retiran; no sé si se trata de un intento de desembarco, o de una tentativa de intimación, caso de presentarse en él.

La fragata Princesa de Asturias, desobediendo las órdenes del capitán general del departamento, de venir desde Santa Pola a este puerto, hizo rumbo a Poniente, y se supone para reunirse a las fragatas sublevadas. La guarnición y la marina de esta plaza están en el mejor estado de los sucesos que sobrevengan. Seguiré dando parte a V. E. la población tranquila.

Cartagena 26 de Setiembre de 1868, a las cuatro y diez y siete minutos de la tarde.—Al ministro de la Guerra y capitán general, el gobernador militar.—«Las tres fragatas y un vapor han cruzado por frente del puerto, deteniéndose junto al islote, y al poco rato se presentó un bote-parlamento, cuyas proposiciones he rechazado energicamente, sin permitir pudiese el pie en tierra ninguno de los parlamentarios. Seguiré dando a V. E. avisos de lo que ocurra; por el correo de mañana.

Madrid 23 de Setiembre de 1868, a las diez y treinta y cinco minutos de la noche.—El ministro de la Guerra al gobernador militar de Cartagena.—«Enterado del telégrama de V. E. con la mayor satisfacción. La reina tiene completa confianza en que, con la energía de V. E., y con el valor y lealtad de las tropas de esa guarnición, será rechazado todo ataque contra esa plaza por parte de los buques sublevados.

(3) Cartagena 27 de Setiembre de 1868, a las cinco de la tarde.—Al ministro de la Guerra, el general gobernador.—«La situación empeora con el desembarco de fusiles en Escobredas, debajo de los fuegos de las fragatas. Su destino probable, para armar los miles de perdidos de las Herrieras. No puedo desprenderme de un solo hombre de la plaza, más pido hoy por telégrafo un batallón a Valencia, donde pido contestación.

Cartagena 27 de Setiembre de 1868, a las cinco y veintidós minutos de la tarde. Al ministro de la Guerra, el general gobernador.—«Enterado del telégrama de V. E. con la mayor satisfacción. La reina tiene completa confianza en que, con la energía de V. E., y con el valor y lealtad de las tropas de esa guarnición, será rechazado todo ataque contra esa plaza por parte de los buques sublevados.

(4) Madrid 27 de Setiembre de 1868, a las diez y quince minutos de la noche.—El ministro de la Guerra al gobernador militar de Cartagena.—«Enterado del telégrama de V. E. con la mayor satisfacción. La reina tiene completa confianza en que, con la energía de V. E., y con el valor y lealtad de las tropas de esa guarnición, será rechazado todo ataque contra esa plaza por parte de los buques sublevados.

Madrid 27 de Setiembre de 1868, a las diez y quince minutos de la noche.—El ministro de la Guerra al gobernador militar de Cartagena.—«Enterado del telégrama de V. E. con la mayor satisfacción. La reina tiene completa confianza en que, con la energía de V. E., y con el valor y lealtad de las tropas de esa guarnición, será rechazado todo ataque contra esa plaza por parte de los buques sublevados.

Madrid 27 de Setiembre de 1868, a las diez y quince minutos de la noche.—El ministro de la Guerra al gobernador militar de Cartagena.—«Enterado del telégrama de V. E. con la mayor satisfacción. La reina tiene completa confianza en que, con la energía de V. E., y con el valor y lealtad de las tropas de esa guarnición, será rechazado todo ataque contra esa plaza por parte de los buques sublevados.

ando las instrucciones generales que por la mañana había dado al marqués de Novaliches, le previne atacar a decidida y resueltamente (1) al duque de la Torre.

En medio de una situación tan grave, se notaba por todas partes, donde la sublevación no había estallado, cierta aparente tranquilidad, debida a la política prudente que las autoridades observaban, y a la actividad y energía desplegadas por el gobierno en las operaciones militares; pero por todas partes también se sentían los trabajos de los partidos comprometidos en la revolución, impacientes por salir al campo: día por día en la misma capital había necesidad de tomar medidas para evitarlo. Aquella tranquilidad era, pues, solo aparente, y semejante al sistema de un campo de batalla antes de sonar el primer cañonazo; de Cataluña, como de Aragón y Valencia, de Castilla la Vieja como de Galicia, podía decirse lo que, al referirme a la capital, manifestaba en un despacho al ministro de Estado: «Madrid tranquilo, pero toda la población atenta al resultado de la batalla que va a darse.»

Había dado conocimiento a la corte de la difícil situación que se presentaba ya en la madrugada del 28 (2); muy pronto nuevos sucesos vinieron a agravar más y más el estado general del país en aquel día. Mis temores de la pérdida de la plaza de Cartagena se vieron confirmados. En vano el capitán general de Valencia dispuso el día anterior la marcha en un tren especial de un batallón para reforzar su guarnición, dando aviso al gobernador de aquella plaza: la noticia de haber sido abandonada, le hizo suspender el envío de este refuerzo. El general que mandaba en Cartagena salió con toda la guarnición en dirección a Murcia, retrocediendo al poco tiempo las tropas que le acompañaban, para ponerse a las órdenes del marqués de los Castillejos. Viéronse en consecuencia obligadas las autoridades de Murcia a abandonar esta ciudad, estando anteriormente pronunciada Orihuela. Con motivo de estos sucesos fué necesario ordenar que la columna del general Rentero, que se hallaba en Villena, pasara a situarse en Almansa, desde cuyo punto, cubriendo la comunicación con la capital, podía atender a la provincia de Alicante.

Otro suceso grave se verificó también por entonces. El brigadier Nannetti fué rechazado en su ataque a Béjar por pérdidas considerables, y no se podía pensar en reforzarle con tropas procedentes de Castilla la Vieja, que eran muy cortas, ni de la guarnición de Madrid, reducida considerablemente; era preciso esperar, para resolver el resultado de la batalla, que según aviso del marqués de Novaliches de las dos de la tarde, debía emprenderse sobre el puente de Alcolea.

Al mismo tiempo que ese aviso, recibí del ministro de Estado un despacho muy reservado, que en tan críticos momentos hizo más difícil la posición de los ministros que se hallaban en Madrid.

Exponía en aquel despacho el marqués de Roncali su recelo de que en el caso de recibir noticias desfavorables, un tanto decisivas, se pensara en la retirada a Francia de la familia real (3), y para ese caso pedía instrucciones y una contestación instantánea. Sabía que en la corte se abrigaban temores de que al frente de San Sebastián se presentaran algunos buques de la escuadra del Ferrol.

En la previsión de esta eventualidad, había aconsejado a S. M. se trasladara a Vitoria al suspender su viaje a Madrid; desistí de aquel propósito cediendo a los deseos de S. M., y considerando que la proximidad a la frontera de Francia ponía en seguridad la persona de la reina en un caso desgraciado, que era ya tanto de temer; pero esa misma proximidad a la frontera daba más gravedad al recelo que manifestaba el ministro de Estado. De todas maneras, como en aquellos momentos el solo anuncio de la intenciones que se suponían, pudiera ser de fatales consecuencias, me apresuré a contestar manifestándole dispuesto a sostener la situación hasta el último momento, y aconsejando que, mientras tanto, no se retirara en manera alguna S. M. a Francia, pues si triunfó el marqués de Novaliches, decía, aún puede salvarse la causa de la reina (4).

No contento con esto, e impresionado fuertemente con el despacho del ministro de Estado, pedí al marqués de la frontera saliera inmediatamente por el expreso, como lo verificó, para manifestar a S. M. la necesidad de esperar en San Sebastián los sucesos, puesto que estaba en seguridad su persona, pero pidiendo que, si insistía en su resolución de pasar a Francia, se me avisara anticipadamente para mirar por la suerte de los que se habían comprometido en su defensa.

En esta crítica situación, y con noticias alarmantes que presagiaban en Galicia, León, Aragón, Valencia y casi todas las provincias próximos movimientos, esperaba el resultado de la batalla que había debido darse sobre el puente de Alcolea. Solo una victoria completa por parte del marqués de Novaliches podía ya contener, al menos por un momento, el avance de la revolución.

(1) Despacho telegráfico oficial.—Madrid 27 de Setiembre de 1868.—El ministro de la Guerra al general en jefe.—Montoro.

La situación de la costa del Mediterráneo es tal, que se hace absolutamente necesario que mañana obtenga V. E. una victoria.

(2) El presidente del Consejo al ministro de Estado.—San Sebastián.—Madrid 23 de Setiembre de 1868, a las dos de la tarde.—Sirvase V. E. descifrar la situación se ha agravado hoy considerablemente. Granada pronunciada con su guarnición. Temo mucho se haya entregado Cartagena. En vista de esto, he dicho al general marqués de Novaliches que ataque hoy al duque de la Torre sobre Córdoba. Así lo haré.

(3) Despacho del marqués de Roncali descifrado por la secretaría de Estado.—El ministro de Estado al presidente del Consejo.—San Sebastián 28 de Setiembre, dos y treinta minutos.—Muy reservado.—En vista de la gravedad de la situación que aparece del parte de V. E. de las dos de esta madrugada, no puedo menos de pedirle que sirva darme instrucciones para el caso de recibir noticias desfavorables un tanto decisivas: en este caso sería posible que se pensara en la retirada a Francia de toda la familia real. Si este proyecto se llevara a cabo, V. E. comprendo que habría un grupo equivocado necesariamente las funciones del ministro de Estado, cuya situación es ya harto difícil. Si V. E. creyese conveniente disponer la salida de una persona de su confianza inmediatamente que me comunicara sus instrucciones: esto facilitaría la ejecución; pero en todo caso, ruego a V. E. se sirva contestar instantáneamente este telégrama.

(4) Contestación.—El presidente al ministro de Estado.—23 de Setiembre de 1868.—Sostendré la situación hasta el último momento. Si triunfa el marqués de Novaliches, aún puede salvarse la causa de la reina.

Ruego a S. M. que en manera alguna se retire a Francia mientras yo pueda sostener la situación, pues aun en caso de revés no corre peligro ahí su real persona.

(5) Madrid 27 de Setiembre de 1868, a las diez y quince minutos de la noche.—El ministro de la Guerra al gobernador militar de Cartagena.—«Enterado del telégrama de V. E. con la mayor satisfacción. La reina tiene completa confianza en que, con la energía de V. E., y con el valor y lealtad de las tropas de esa guarnición, será rechazado todo ataque contra esa plaza por parte de los buques sublevados.

(6) Madrid 27 de Setiembre de 1868, a las diez y quince minutos de la noche.—El ministro de la Guerra al gobernador militar de Cartagena.—«Enterado del telégrama de V. E. con la mayor satisfacción. La reina tiene completa confianza en que, con la energía de V. E., y con el valor y lealtad de las tropas de esa guarnición, será rechazado todo ataque contra esa plaza por parte de los buques sublevados.

(7) Madrid 27 de Setiembre de 1868, a las diez y quince minutos de la noche.—El ministro de la Guerra al gobernador militar de Cartagena.—«Enterado del telégrama de V. E. con la mayor satisfacción. La reina tiene completa confianza en que, con la energía de V. E., y con el valor y lealtad de las tropas de esa guarnición, será rechazado todo ataque contra esa plaza por parte de los buques sublevados.

(8) Madrid 27 de Setiembre de 1868, a las diez y quince minutos de la noche.—El ministro de la Guerra al gobernador militar de Cartagena.—«Enterado del telégrama de V. E. con la mayor satisfacción. La reina tiene completa confianza en que, con la energía de V. E., y con el valor y lealtad de las tropas de esa guarnición, será rechazado todo ataque contra esa plaza por parte de los buques sublevados.

(9) Madrid 27 de Setiembre de 1868, a las diez y quince minutos de la noche.—El ministro de la Guerra al gobernador militar de Cartagena.—«Enterado del telégrama de V. E. con la mayor satisfacción. La reina tiene completa confianza en que, con la energía de V. E., y con el valor y lealtad de las tropas de esa guarnición, será rechazado todo ataque contra esa plaza por parte de los buques sublevados.

En la Administración y Redacción de este periódico calle del Caballero de Gracia, número 40, principal.

El importe de la suscripción en Madrid se abonará en efectivo en la Administración. El de las provincias del propio modo, o por medio de libranza del giro postal, o de los correos, y también por letras de garantía, o de favor de la Administración, de esta última manera o bien haciendo el abono en efectivo en la Administración, se servirán las suscripciones de Ultramar.

El importe de las suscripciones que se envíen por cualquiera clase de giro, se hará por medio de carta certificada.

En la Administración y Redacción de este periódico calle del Caballero de Gracia, número 40, principal.

El importe de la suscripción en Madrid se abonará en efectivo en la Administración. El de las provincias del propio modo, o por medio de libranza del giro postal, o de los correos, y también por letras de garantía, o de favor de la Administración, de esta última manera o bien haciendo el abono en efectivo en la Administración, se servirán las suscripciones de Ultramar.

El importe de las suscripciones que se envíen por cualquiera clase de giro, se hará por medio de carta certificada.

En la Administración y Redacción de este periódico calle del Caballero de Gracia, número 40, principal.

El importe de la suscripción en Madrid se abonará en efectivo en la Administración. El de las provincias del propio modo, o por medio de libranza del giro postal, o de los correos, y también por letras de garantía, o de favor de la Administración, de esta última manera o bien haciendo el abono en efectivo en la Administración, se servirán las suscripciones de Ultramar.

El importe de las suscripciones que se envíen por cualquiera clase de giro, se hará por medio de carta certificada.

En la Administración y Redacción de este periódico calle del Caballero de Gracia, número 40, principal.

El importe de la suscripción en Madrid se abonará en efectivo en la Administración. El de las provincias del propio modo, o por medio de libranza del giro postal, o de los correos, y también por letras de garantía, o de favor de la Administración, de esta última manera o bien haciendo el abono en efectivo en la Administración, se servirán las suscripciones de Ultramar.

El importe de las suscripciones que se envíen por cualquiera clase de giro, se hará por medio de carta certificada.

En la Administración y Redacción de este periódico calle del Caballero de Gracia, número 40, principal.

El importe de la suscripción en Madrid se abonará en efectivo en la Administración. El de las provincias del propio modo, o por medio de libranza del giro postal, o de los correos, y también por letras de garantía, o de favor de la Administración, de esta última manera o bien haciendo el abono en efectivo en la Administración, se servirán las suscripciones de Ultramar.

El importe de las suscripciones que se envíen por cualquiera clase de giro, se hará por medio de carta certificada.

En la Administración y Redacción de este periódico calle del Caballero de Gracia, número 40, principal.

El importe de la suscripción en Madrid se abonará en efectivo en la Administración. El de las provincias del propio modo, o por medio de libranza del giro postal, o de los correos, y también por letras de garantía, o de favor de la Administración, de esta última manera o bien haciendo el abono en efectivo en la Administración, se servirán las suscripciones de Ultramar.

El importe de las suscripciones que se envíen por cualquiera clase de giro, se hará por medio de carta certificada.

En la Administración y Redacción de este periódico calle del Caballero de Gracia, número 40, principal.

En la Administración y Redacción de este periódico calle del Caballero de Gracia, número 40, principal.

El importe de la suscripción en Madrid se abonará en efectivo en la Administración. El de las provincias del propio modo, o por medio de libranza del giro postal, o de los correos, y también por letras de garantía, o de favor de la Administración, de esta última manera o bien haciendo el abono en efectivo en la Administración, se servirán las suscripciones de Ultramar.

El importe de las suscripciones que se envíen por cualquiera clase de giro, se hará por medio de carta certificada.

En la Administración y Redacción de este periódico calle del Caballero de Gracia, número 40, principal.

El importe de la suscripción en Madrid se abonará en efectivo en la Administración. El de las provincias del propio modo, o por medio de libranza del giro postal, o de los correos, y también por letras de garantía, o de favor de la Administración, de esta última manera o bien haciendo el abono en efectivo en la Administración, se servirán las suscripciones de Ultramar.

El importe de las suscripciones que se envíen por cualquiera clase de giro, se hará por medio de carta certificada.

Pero eso juzgo que en este punto no hay nada serio que temer. Lo que sí podrá complicar la situación política, es la conducta del gobierno. No se puede condenar todo lo pasado, sin exponerse a las consecuencias de tal condenación, ni realmente hay justicia para hacerlo. Es lo cierto que el imperio en estos últimos diez y ocho años, ha desarrollado grandemente la prosperidad pública: ha dado una paz constante al país, y se ha hecho obedecer dentro y respetar fuera; por consiguiente, esto no se puede desconocer; y el seguir una política completamente distinta, ha de mortificar, cuando ménos, a los hombres que le han apoyado y aun desvirtuar un tanto al representante de esa política que se desdénia ahora. Esta es la causa por que muchos de los partidarios del emperador ninirán con recelo la marcha que el actual gobierno sigue, y aumenta su recelo al observar las simpatías con que se trata a personas muy entendidas y apreciables, pero que hasta ahora no han sido amigos del imperio. Dice el partido napoleónico que si viene a manifestarse que el sistema más conveniente para la Francia, en opinion del ministerio actual, es el que se practicaba en 1848

antes de la revolución, podrán los orleanistas defender que para seguir ese sistema hay un representante más genuino, más legítimo que el emperador Napoleón. De aquí el cambio de actitud que se ha notado en una parte de la Cámara al votarse días pasados la orden del día.

Supongo que el ministerio Ollivier no irá tan lejos como algunos recelan y que más bien se propone atraer al imperio ciertos individuos notables del partido orleanista; pero de todos modos, se dibuja ya en el Cuerpo legislativo una oposición que no es fácil predecir ahora, ni con qué apoyo cuenta, ni si se desarrollará hasta poner en peligro la vida del ministerio actual.

Como prueba de este desvío, y sin salir garante de la exactitud de la noticia, se ha dicho aquí que el conde Daru, ministro de Negocios extranjeros, pasó una paleta de invitación para una soirée a M. Rouher, y que este, sin haber hecho más que quitar el sobre, la devolvió. Me parece un poco fuerte, pero esta versión se ha hecho pública; y hasta la ha insertado algún diario.

El príncipe de Asturias es muy obsequiado en Roma. No sé de dónde habrán sacado los periódicos revolucionarios de esa, que Su Santidad había mirado con desagrado su viaje a aquella capital. No sólo ha sido recibido en los Estados Pontificios con todo género de atenciones, sino que, el miércoles último, obtuvo la distinción de ser el primero de los príncipes a quien impuso la ceniza el Padre Santo en la solemnidad que se celebró. Los revolucionarios y sus afines y ayudadores, siempre ven lo que quieren ver, por más que no sea cierto. La Iglesia no puede desconocer, lo mismo en Roma que en el Episcopado español, que hasta en los más modestos de sus representantes, que ni la revolución, ni el carlismo, harán en su favor lo que hacia y puede continuar haciendo donña Isabel II y su dinastía. Unir el pasado con el presente, no lo hace ningún partido extremo: por ser extremo tiene que ser intrínseco, y no podrá llevar a cabo una obra que la legitimidad concluya sin dificultad, aceptando lo que la época exige, pero sin perjudicar derechos y tradiciones siempre respetables.

Un telegrama de el Gaulois de ayer, decía que el duque de Montpensier había tenido un recibimiento entusiasta. ¿Será verdad que hay entusiasmo en los revolucionarios por el duque? Aquí se ha dudado, por lo menos. Ya veremos detalles.

Nada más por hoy, etc.

Es preciso no haber leído o no querer entender los artículos que hemos publicado sobre la Memoria del general Concha, para asegurar, como lo hace La Epoca, con pasmosa inexactitud, que nos ocupamos mucho de las personalidades, pasando muy de ligero por los hechos. Justamente es todo lo contrario: nos ocupamos mucho de los hechos y poco de las personas, si bien tratando a estas tan severamente como exige la grave responsabilidad en que han incurrido.

Creemos que La Epoca no solo patrocinaría la Memoria del marqués de la Habana, sino que la defendería; creencia que reconocía por origen un sueldo de dicho periódico en que prometía que ella llenaría el vacío que se notase en las aclaraciones de ciertos hechos, como testigo presencial que había sido de ellos. Sin duda, después de bien meditado, le ha parecido mejor a La Epoca no defender al marqués de la Habana, primero, porque no lo juzga necesario, y segundo, porque no tiene la más leve obligación de hacerlo.

Más vale así.

Nosotros no hemos calificado de insensata la pretensión de influir en la sociedad sin pertenecer a ningún partido; lo que si hemos calificado de insensato, y en ello persistimos, es en haber llegado a capitán general, joven aún, a grande de España, a capitán general de Cuba, a embajador, a senador, a diputado, a Ministro y a presidente del Consejo, y asegurar con gran seriedad, como lo hace el general Concha, que no ha pertenecido ni pertenece a partido alguno. Absurdo sería decir esto en cualquier país regido constitucionalmente, pero lo es mucho más en el nuestro, donde la política se ha hecho siempre con gran pasión y afiliado en alguno de sus partidos.

Dice La Epoca que ella no es aficionada a personalidades ni a cuestiones que no sean de interés general, pues a la verdad que no sabemos a qué género pertenece lo que asegura con notoria falsedad, de que El Eco vino al mundo para oponerse a El Tiempo, con motivo de una rencilla de un pique, sin el cual no hubiera habido Eco de España.

El pensamiento de crear El Eco de España es anterior al de establecer El Tiempo, y esto lo sabe perfectamente La Epoca, y si no lo supiese tan seguramente como lo afirmamos, puede preguntarlo a algunos directores de El Tiempo, a quienes se les habló en ocasión oportuna para que concurriesen a la formación de El Eco.

En cuanto a que El Eco ha venido al mundo para oponerse a El Tiempo, ya se ve La Epoca desmentida diariamente, pues hasta ahora, no solo estamos de acuerdo con nuestro apreciable colega en lo esencial, sino hasta en lo accesorio.

Como de la polémica que viene sosteniendo La Epoca con nosotros, nada ganan los intereses generales del país, y como por otra parte no sea nuestro ánimo continuarla infuente y a indefinidamente, vamos a dar hoy término a esa polémica; pero antes, y como liquidación de deudas, debemos decir a La Epoca:

1.º Que ni por hábito ni por temperamento somos dados al escándalo; pero tampoco a la hipocresía y al egoísmo.

2.º Que lo que sea digno de severa censura no debe disfrazarse con fraseología que atente la energía del cargo, si bien la frase debe ser culta y urbana. Del propio modo que lo que sea digno de alabanza no debe escatimarse por rivalidad o envidia.

3.º Que no admitimos más tutelajes que las que nos imponen nuestras doctrinas, y en cuanto a conducta la que nos trae el partido a que pertenecemos.

4.º Que no reconocemos en La Epoca la impecabilidad e infalibilidad de que con tanta inmodestia suele hacer alarde.

5.º Que sabríamos hacer, aunque no tan bien como ella, el papel de censor eterno de todo y por todo, pues con un halago no se desvirtúa una dentellada por más que se dé con formas muy veladas.

6.º Que no ignoramos que, así como no hay hombre perfecto (lo que debe tener muy presente La Epoca), tampoco hay partido que lo sea, pues lo bueno y lo malo que se aplica a los hombres y a los partidos se entiende siempre que es relativamente hablando.

Y 7.º Que ningún periódico, por radical que haya sido en su oposición a las situaciones conservadoras, la ha hecho más fuerte y destructora que La Epoca, porque la censura constante, por tibia que sea, en boca del que se llama amigo, hace mucho más daño que la enérgica y violenta que emplea el adversario.

El sistema seguido constantemente por La Epoca es la gota de agua permanente, que al cabo de tiempo horada y pulveriza el objeto contra que choca.

Mucho y muy eficazmente, sin intención preconcebida (queremos dispensar esta justicia a nuestro colega), ha contribuido La Epoca a la subdivisión y retraimiento de todos los elementos conservadores del país, pues con su sistema diario de no encontrar nada completamente aceptable, ha generalizado y fomentado la duda y la desconfianza, tan propia de la débil humanidad, que ha contribuido poderosamente, no solo al fraccionamiento sino al indiferentismo y al escepticismo políticos que ella es la primera en censurar de la manera más enérgica.

La gobernación de las naciones es una cosa eminentemente práctica, y sembrada, como todo lo de este mundo, de defectos y de ventajas; el sistema que tenga más de las últimas y menos de los primeros será el mejor y el que deba defenderse con fe y perseverancia bajo el punto de vista en que se milita.

Que la habilidosa conducta de La Epoca es una excepción, basta para probarlo que no ha habido ni hay periódico, fuera de los noticiosos, que imite su conducta, y no será ciertamente porque no hayan comprendido los resultados financieros que pueda producir, sino porque todos ellos se han creado y desarrollado a la sombra de un pensamiento político, mejor o peor, pero al que han defendido con viril perseverancia.

La habilidad de sostener un periódico sin un lema político, concreto y preciso, y lo que es más, el ocultarlo, en caso de tenerlo, es una habilidad que, no solo no envidiamos, sino que tendríamos para una desdicha, pues a nosotros en política solo nos satisfacen la situaciones claras y despejadas.

Por último, no es argumento de fuerza alguna el que hemos visto empleado diferentes veces por La Epoca para defender esa habilidad tan genéricamente censurada, a saber: que su crecida suscripción es una prueba de las simpatías que alcanzan sus doctrinas en el país, prescindiendo de que ni con telescopio es fácil vislumbrarlas, —repetimos que ese no es argumento para el fin a que se dirige, puesto que es notorio que la generalidad de sus suscriptores lo son, porque La Epoca, tanto en su confección, como lo adelantado de sus noticias, y por la ilustración con que traía asuntos especiales, figura justamente en la primera fila del periodismo español. Ya vé nuestro colega cómo damos al César lo que es del César.

Por nuestra parte, reiteramos que ni una palabra más añadiremos a esta enojosa discusión, pues necesitamos las columnas de El Eco de España para tareas cuyos resultados sean más fecundos y tangibles que los que pudiéramos prometernos de prolongar por más tiempo esta polémica con La Epoca.

Otro corresponsal nos escribe desde París, con fecha 6 del actual, lo siguiente:

(Sr. Director de El Eco de España.)

Muy señor mío: Numerosas cartas de Roma traen pormenores interesantes de la recepción hecha por Su Santidad y la corte pontificia al príncipe de Asturias. No hay honor que no se le haya dispensado, ni es posible encarecer las demostraciones de singular afecto con que S. A. ha sido acogido por todos a porfía. D. Alfonso, no lo dudamos, conservará de esos primeros días de su existencia un recuerdo inextinguible, asociado a las más grandes ideas que pueden inspirar la religión y las grandezas artísticas de la capital del orbe católico.

El miércoles 2 asistió S. A. a la gran Basílica, ocupando el primer puesto en la tribuna de los príncipes, porque los reyes de Nápoles no concurrieron. Por lo tanto, D. Alfonso fué el primero que recibió la ceniza en aquella gran solemnidad católica, y ante el concurso inmenso que a tales actos acude.

A la salida agrupáronse todos a verle, y como para hablar con los prelados y personajes que a saludarle se apresuraban se detuviera, no fueron las damas romanas las que menos solicitudes mostraron por expresar la grata impresión que, con su noble apostura, su viveza y su gracia, les producía al joven príncipe español.

Para hoy estaba señalado el cumplimiento del acto religioso que ha motivado el viaje a Roma, y como suponemos que lo dispuesto por Su Santidad se habrá verificado, es de creer que muy pronto regresará D. Alfonso al seno de su familia, para continuar los estudios que tan provechosamente hace.

Por de pronto, el viaje a Roma, aunque en tan temprana edad, no será perdido para S. A.: D. Alfonso, no sólo visita los lugares sagrados, en que tantos recuerdos y reliquias se atesoran y veneran, sino que recorre también con atención suma las ruinas del pueblo cuya historia es ocupación legítima del augusto escolar. Y cuando en reglamentaria tales, y contándose con una concurrencia prodigiosa, se tiene al lado un maestro ilustrado como el conde de Ceste, no se aventurará nada, augurando abundante y sazónado fruto de esa instrucción práctica.

Refieren, por último, las correspondencias, que el príncipe de Asturias ha sido visitado por casi todos los obispos; que, llevado del sentimiento patriótico, que tanto en D. Alfonso resalta, pasó al convento español de la Trinidad, donde la comunidad se le presentó y besó la mano; que se dedica a corresponder a las finezas de los cardenales, y que no es para S. A. el entretenimiento menos grato el de conocer y abrazar a los individuos de su familia, que cariñosamente le agasajan.

Como compensación de las naturales satisfacciones que todo esto debe causar en el *Avenue du Roi de Rome*, preparáronse por los amigos del gobierno de Madrid golpes de efecto, que el Gaulois es el encargado de anunciar a los compadres de la revolución.

Varios párrafos, cuyo contexto nos revela que fueron escritos en el *Café Inglés* o en los *Hermanos Provençales*, ha publicado estos días aquel periódico, en que habla de disidencias, pleitos, y hasta de mentidos embargos.

Todo esto no pasa de un propósito inícuo, en que entra por mucho cierta maniobra de explotación, que en estas tierras es muy usual, y que los tribunales suelen castigar duramente.

De política nada nuevo.

A medida que los días pasan, el nuevo régimen se fortifica en el espíritu público.

Las doctrinas socialistas de la oposición, las teorías absolutistas, imaginadas para combatir los fundamentos de todo gobierno; las acusaciones de movilidad lanzadas contra los hombres de ayer para condenar sus actos de hoy, todo cede ante el buen sentido de este pueblo, que sabe sacrificar a tiempo sus más caras aspiraciones, y cuando logra realizarlas, se satisface con lo que prudentemente exigen la tranquilidad del ciudadano, y la seguridad y crecimiento de la riqueza general, que constituye el patrimonio común.

Las turbas de las calles desaparecieron, para no dejar tras sí ni memoria de sus hechos, y refrenada discretamente la prensa que se nutre de la injuria y se embriaga con la sangre de los que arrastra a los motines, se abre al presente, puede decirse, para París y la Francia, un nuevo período, que promete llegar a ser la época gloriosa del segundo imperio. El éxito será tanto más sorprendente, cuanto más inesperado, por las exageradas proporciones que aparentaban las tendencias revolucionarias, y por el siniestro y amenazador aspecto con que aparecían desde largo tiempo los menores sucesos que ocurrían en los extremos del mundo.

En este momento se recibe el siguiente telegrama de Roma:

«El marqués de Covadonga, la infanta y todos nosotros recibimos juntos la sagrada comunión: el príncipe pidió bendición para su madre, su padre y hermanas y para todos los españoles. Los infantes, cardenal Moreno y nosotros felicitamos a sus majestades.—Ceste.»

Ayer continuó agitando la cuestión de si ha de derribarse o no el convento de las Calatravas. Sabido es que anteaayer fueron los caballeros de la orden al gobierno civil de la provincia, con el objeto de interesar al gobernador en la suspensión, cuando menos, de la orden de derribo, y que el señor Moreno Benítez no se mostró muy propicio a la petición, dando para ello excusas y razones no muy aceptables, tratándose de un asunto ya colocado, por la actitud del pueblo ilustrado de Madrid, fuera de las condiciones vulgares en que desde el principio se le había colocado.

Porque es de advertir que la razón suprema que se ha expuesto para defender la medida es el valor del solar; razón muy poco plausible cuando se trata de más altos intereses y se vá a contrariar y herir el sentimiento público por un pedazo de pan. Aun bajo este punto de vista, la persistencia en la medida, revela un cálculo muy poco acertado, pues el derribo del edificio costaría quizás tanto como lo que pudiese valer el solar en venta; esto sin contar con que no ingresaría por de pronto ni un céntimo en las vacías arcas del Tesoro, habiéndose de pagar, como se pagarían en bonos, los solares que se demarcaran para edificar.

La cuestión tomó ayer mayores proporciones: el Sr. Silvea, iniciador de la representación que, cubierta de millares de firmas, se había presentado al regente para impedir la demolición del convento, presentó ayer una proposición para que las Cortes acordaran la suspensión del derribo del convento: defendiéndola con buenas razones, y el señor Figuerola prometió que se respetaría la iglesia, aunque se derribara la parte claustral o perteneciente a la comunidad. Parecía natural que el asunto no tomara otras proporciones, y mucho menos que tomara el carácter de cuestión política; y, sin embargo, se presentó al final como una de las más candentes que se han agitado en toda la legislatura constituyente. Los demócratas y los republicanos se levantaron desechados e iracundos a protestar contra el propósito de conservar el templo, y diciendo que sería derribado. Hubo en el salón murmullos, corrillos y apóstrofes, y se habría convertido en una verdadera tempestad, a no haberse salido casi todos los diputados y ministros al salón de conferencias y a los pasillos a desfogar sus mutuas iras; parece que después continuó el disturbio, habiendo llegado hasta a tratarse en Consejo de ministros, y siendo esta la hora en que ignoramos cuál sea el dictamen que haya de prevalecer.

El ministro de Hacienda dijo que no tenía interés en derribar templos sino conventos: los demócratas y republicanos van más allá, y quieren por lo visto dejar a España sin un templo. La revolución ha sido siempre la misma; siempre destructora; siempre poseída por un vértigo contra todo lo que sea tradición y sentimiento religioso. Nunca ha reparado, y si lo ha hecho lo ha tenido en muy poco, que apenas hay en España un templo ni institución religiosa que no correspondiera a una gran gloria de nuestra patria. Para la revolución la historia gloriosa de los pueblos y naciones es nada, o más bien, es mucho: es la desesperación de su porvenir: comprende que no puede hacer nada grande, glorioso y monumental, y por eso le irritan las grandezas, las glorias y los monumentos: es la pobre pasión de la envidia: la que hizo que Adriano destruyese el puente del Danubio construido por Trajano, solo por no poder hacer nada que fuese comparable con aquella

maravilla. La revolución en Francia fué más resuelta: llegó a suprimir hasta el tiempo pasado, y quiso que se contaran las edades comenzando por el primer año de la república. En España no se ha atrevido a tanto; pero se inspira en el mismo sentimiento. En Madrid, donde habían quedado muy pocos monumentos, acaba de derribar uno de los más inapreciables bajo los aspectos histórico y artístico; el convento de Santo Domingo. Ahora se propone derribar el de las Calatravas.

En cualquier nación civilizada y que estimara en algo los timbres gloriosos de su historia, ese edificio sería religiosamente respetado por la tradición que simboliza. La memoria de una orden, falange de caballeros de la patria, sus más formidables campeones durante tres siglos; que contaba sus victorias por el número de días de su existencia, debiera haber hecho retroceder a los que, en un momento de pobre avaricia gubernamental ó de afán por congraciarse con elementos ya divorciados de nuestra sociedad, hubiesen concebido el pensamiento de una demolición, sacrilega bajo el punto de vista de las tradiciones de la patria.

Se dice que se respeta la opinión y la voluntad del pueblo y que ese respeto es la base de la política del gobierno y de las Cortes actuales; y sin embargo, cuando se sabe que el pueblo de Madrid, sin distinción de clases, partidos ni opiniones, se ha apresurado a firmar, no solo con espontaneidad sino con decisión, una exposición pidiendo que se conservase el convento de las Calatravas, los mismos que blasonan de más adictos a la causa del pueblo, se levantan airados a protestar contra la voluntad de ese pueblo y a exigir, en nombre de una revolución que ha proclamado la libertad de religión y la libertad de asociación, que se destruya el asilo de unas señoras asociadas con el más santo fin, y un templo cristiano, objeto de particular veneración para todo el pueblo de Madrid.

Son de compadecer algunos de los que han tomado mala parte en esta discusión; pero es todavía más de compadecer el pueblo de la capital, que así vé desatendidas sus más legítimas reclamaciones.

La Correspondencia anunciaba anoche el derribo de un templo más. No dice cuál sea, ni podemos adivinarlo; pero afirma ser asunto en que entienda el ayuntamiento, y que el templo será derribado por hallarse ruinoso.

A juzgar por las palabras del diario de noticias, el templo a que se refiere debe de ser de propiedad particular; pues en otro caso, sobre no poder disponer de él la municipalidad, no diría aquel periódico que «con el derribo de este templo y el de las casas contiguas a él, denunciadas también, se realizará una importante mejora proyectada hace mucho en Madrid, y de gran utilidad pública.»

Ocurríenos a este propósito, una sencilla observación: siendo el templo y las casas de propiedad particular, se podrá obligar a sus dueños a derribar, mas no se les podrá impedir que reedifiquen sin que antes se les haya expropiado y hecho pago completo del valor de los solares. ¿Se halla el ayuntamiento tan sobrado de dinero que pueda, en las actuales circunstancias, disponer de considerables sumas para pagar expropiaciones?

La Gaceta de ayer ha defraudado las esperanzas que habíamos concebido de hallar en sus columnas la tan anunciada circular del ministro de la Gobernación a sus delegados en las provincias. Como la mayor parte de la prensa daba anteañoche por seguro la aparición de dicho documento, suponemos que el no haberse publicado será debido a que haya surgido alguna dificultad nueva, lo cual no nos sorprendería, teniendo en cuenta la unión y concordia que reina entre los elementos revolucionarios. A la verdad, que cuando llegue a salir la circular, si es que llega a ver la luz pública, vá a ser un documento que excitará grandemente la curiosidad, por lo... esperado.

Parece que algunos caballeros de Calatrava se presentaron al señor duque de Montpensier, rogándole que influyera con el gobierno para que suspendiera la orden de derribo del convento de las Calatravas. El señor duque les contestó que no tenía influencia alguna con este gobierno; pero después, conociendo que la orden se iba a llevar a efecto, el duque de Montpensier ha reclamado el pulpito que regaló a la iglesia de las comendadoras por ser de su propiedad.

Genio y figura hasta la sepultura, y generosidad y rumbo como siempre.

Lo que debe hacer ahora el señor pretendiente es vender su pulpito para alguna iglesia protestante, y puede hacer buen negocio.

Nosotros abogamos por sus intereses.

Ayer se daba como cosa cierta que el día anterior había celebrado una conferencia el señor Figuerola y el director del Banco de París, M. Delahante, a la que también asistió el presidente del Consejo. Tratase en ella de la realización de una operación de crédito entre el gobierno español y aquel establecimiento, la cual debe llevarse a efecto muy en breve, bajo la base de venta de bonos que existen en poder del Tesoro y de las autorizaciones que se expresan en el proyecto de unificación de la deuda, presentado a las Cortes por el señor ministro de Hacienda.

Dicase que el Sr. Suarez Inclán, presidente de la comisión de actas de las Cortes, ha hecho presente al presidente del Consejo la conveniencia de que se procurase influir con algunos de los diputados que componen aquella comisión para que se dilate por el mayor tiempo posible la presentación del informe de las actas de Asturias, a fin de impedir la discusión que necesariamente habría de surgir sobre la persona del duque de Montpensier.

Parece que ayer ocurrió en el salón de conferencias un grave y violento altercado entre un diputado republicano y otro de la fracción cimbria. Sentiremos que el suceso tenga más funestas consecuencias.

Parece que han sido separados varios oficiales del batallón cazadores de Barbastro, de guarnición en Granada, y que se espera que lo sean algunos más.

¿Qué pecado habrá cometido esta oficialidad, que con tanta bizarria se condujo en los sucesos de Málaga?

La verdad es que no debe causarnos extrañeza la medida tomada con los oficiales de Barbastro, pues apenas si queda cuerpo alguno del ejército que no haya visto separada la mayor parte de sus oficiales en estos últimos meses.

Suponemos que estas separaciones reconocerán por origen las grandes simpatías de esos oficiales en favor de la revolución.

Dice El Imparcial:

«La cuestión de las leyes orgánicas dá motivo a La Epoca para escribir un artículo en que examina la situación política del país, deduciendo de ella las probabilidades que existen de llegar a establecer la monarquía, y las probabilidades de triunfo con que cuenta alguno de los candidatos.

Es un artículo importante, al que no negaremos apreciaciones muy sensatas y muy atinadas observaciones; pero que a los espíritus cavilosos ha de dar lugar a pensar si es la continuación de la senda iniciada por otros artículos del colega muy recientes, y en los cuales parece haberse separado por completo del elemento conservador histórico que representan El Tiempo y El Eco de España.

Nuestros lectores juzgarán por los párrafos de La Epoca que a continuación trasladamos. Se refieren estos a la actitud de los montpensieristas, inflexible y activa, y a la del gobierno, sin candidato al parecer, é inactivo y fatigado.

Dice el colega:

«La candidatura del duque de Montpensier, buena ó mala, es acusable; puede declararse públicamente por el gobierno, sin mengua de las facultades de las Cortes, a quienes corresponde la decisión: lo que realmente empuja a esas facultades es la posición en que la falta voluntaria de política en el gobierno, coincidiendo con la situación excepcional de aquel candidato, han colocado al último.

«Si el gobierno quiere recobrar su plena libertad de acción, y asegurar la de la Cámara, aún es tiempo; pero si él no tiene política, si impide con sus vacilaciones que la Cámara la tenga, quizás los que vemos en la monarquía la única salvación de España, tengamos que agradecer la actividad y la perseverancia del grupo de hombres políticos que saben lo que quieren y que prosiguen su empresa con firmeza y ardor dignos de mejor causa.»

Esperamos que La Epoca conteste deshaciendo las apreciaciones de El Imparcial, que creemos destituidas de fundamento, y aquí viene bien hacer notar al periódico de la calle de las Torres lo preferible que es escribir artículos de los que él califica de descosidos, a estar siempre haciendo habilidades peligrosas.

La Política escribe un artículo, en el que, parodiando en algunos de sus párrafos la literatura periodística de los progresistas, nos dice que comprende a los moderados, a los carlistas y a los republicanos; pero que no comprende a los progresistas y cimbrios que no consolidan la revolución votando a Montpensier como rey de España.

«¡O la reacción, ó mi duque! exclama La Política.

Después de todo, tiene razón el colega. ¿Conspirar los unionistas para producir una sedición militar que no les dé por resultado un rey a su gusto, eso no es regular ni medio regular! Ni cimbrios ni progresistas tienen enrañas al dejar marchar de ese modo al héroe del 48 en Francia.

El Diario Español vierte lágrimas amargas contra la intolerancia de progresistas y demócratas que no aceptan la candidatura de Montpensier solo por una cuestión de celos nacida de que el *Leal* duque es el elegido por la unión liberal.

«El duque de Montpensier, dice nuestro colega, facilitando antes y después de la revolución los elementos necesarios para llevarla a cabo y cimentarla, era un príncipe ilustrado, liberal, digno de respeto y de toda clase de elogios.»

Parece que Montpensier apura, y que no solo pide cuentas de los elementos que aprontó para hacer la revolución de Setiembre, sino que vá a reclamar hasta los réditos del capital.

El Diario Español, examinando los artículos que venimos consignando a refutar la Memoria del general D. José de la Concha, concluye diciendo que se concreta por su parte a dolerse profundamente de esas desavenencias que han venido a estallar entre hombres que defienden una misma causa.

A El Diario Español, que tanto se cuida de la casa ajena cuando la suya empieza a arder, solo contestáremos que no se acogejo nuestro colega por tan poca cosa; pues además de que nosotros ignoramos hoy el campo político donde está el marqués de la Habana, por nuestra parte podemos asegurar, que a amigos fibros ó dudosos, preferimos enemigos declarados. Las situaciones claras.

Grande es el disgusto que parece reinar entre los ministeriales más acérrimos por la preponderancia que dicen obtuvieron en las comisiones los enemigos encubiertos de la situación, y de que se prevalecen para embarrasar la marcha de los negocios políticos.

Hacen responsable de esto al Sr. Rivero, que parece no presta toda la atención que debe a los detalles de la política, que no son tan insignificantes, además, como parece suponer el ministro de la Gobernación.

De todo esto, lo que se desprende es que cada día se ensanchan más las distancias entre los elementos de la que fué mayoría, y que no hay inteligencia humana que consiga hermanar las distintas aspiraciones de los diputados.

La proposición apoyada hoy en las Cortes por el Sr. Silvea, dice así:

«Pedimos a las Cortes se dignen declarar: que si, no obstante el texto del decreto de 18 de Diciembre de 1868 y el espíritu de la Constitución se persiste en la traslación de la comunidad de comendadoras de Calatrava, verán con satisfacción que se conserve el templo abierto al culto, como recuerdo de un pasado glorioso y como una satisfacción de la necesidad más alta de un pueblo; consignando el resto del edificio a la enseñanza ó a otras atenciones no menos preferibles.

Palacio de las Cortes 8 de Marzo de 1870.—Silvea, M. de Sandoval, Albareda, Palau, Lopez Dominguez, Alvarez (D. Cirilo), Oria y Ruiz.»

